

## POESIA EN VOZ ALTA

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Por provenir del canto y por ser, cualquiera que sea su forma o su intención, canto, la poesía debe poder ser dicha en voz alta. No se trata, por supuesto, de exigir de ella que admita la versión oral solemne, arengatoria, de tono mayor, sino de que sea capaz de soportar la prueba de la emisión en la tesitura que más se adecúe a su intención y al clima que es propio a su forma y contenido. En otros idiomas la recitación poética no se ha desprestigiado como en español, tal vez porque el acto de decir poemas no dejó de ser una manera de actuación, muy singular, de los actores, de los artistas de la escena. Entre nosotros —el mundo de habla castellana— apareció una suerte de empleo de los versos como medio de ejercer un oficio —el de la declamación— que pretendió constituirse en género autónomo, con leyes particulares y mecanismos exclusivos, reñido inclusive con los principios de la dicción para el drama y la comedia. Declamadores y declamadoras, echaron mano, así, de la poesía buena o mala —más de ésta que de aquélla, a decir verdades— y se pusieron a clamarla con exceso de exteriorización y a través de recetas para el movimiento y la gesticulación que acabaron por hacernos odiosos. En principio, este supuesto género busco la poesía narrativa, verseada, melodramática, y como es natural, dadas tales tres condiciones, cayó en la anécdota rimada que muy poco o nada tiene que ver con la creación lírica auténtica.

La recitación que practican, por ejemplo, los actores franceses no difiere, en cuanto a sus medios técnicos, de la actuación oral en el tablado. Un proceso previo de análisis del texto, de su contenido más profundo, de las características del autor, etc., determina el modo que se adoptará en la versión, casi siempre próxima al parlamento monologal del drama. El poema es generalmente una expresión irremplazable y requiere de la voz una estricta fidelidad a dicha relación unívoca de palabras —imágenes, más valdría decir— e intuiciones. El actor que pronuncia un poema para el público, en una sala, en el disco, en el estudio radiofónico, debe servirlo, y no, como sucede con los declamadores adocenados, servirse de él. La figura misma no importa —y no importan, en consecuencia, el rostro, los ademanes y menos las vestimentas de telas vaporosas—, porque es la voz, ese maravilloso instrumento musical, junto al cual todas las invenciones son yertas, la melodía que mejor conviene al recitativo poético. Hay así obras que piden la comunicación intimista, las que reclaman la entonación apasionada, las que solicitan, entre muchas otras maneras, una tersura de modulaciones interiores. Y hay las que, por encabalgamientos y rupturas, no alcanzan su objetivo sin silencios llenos de significación o sin transiciones bruscas en su articulado.

Parece que hay en Lima un público no pequeño que gusta oír el poema, apreciarlo en la ejecución humana a partir de la partitura gráfica que escribió el autor. Esa afición no debe perderse, sobre todo en consideración a que el libro no alcanza aquí una amplia difusión debido a las causas que todos conocemos. Es preciso afinar la disposición general merced a una programación que se libere, al mismo tiempo, de la pompa grandilocuente, de la chafalonía literaria, y de la simplicidad no determinada por amor a lo escueto y sencillo sino por la mera frivolidad que busca una resonancia popular fácil. Amenazan a estos actos, en general, el peligro de la arqueología —que responde al criterio de estimar todo lo que registra la historia literaria— y el de la novedad por la novedad misma. El perfecto medio es siempre difícil de conseguir.

En "La Cabaña", todos los lunes, una multitud se congrega para escuchar a los actores de la Compañía Nacional de Comedias decir poemas de poetas nacionales contemporáneos. No era posible adelantar un pronóstico favorable a la experiencia y, sin embargo, se ha producido. Conviene aprovecharlo en beneficio de tantos y tantos a los cuales la educación post-escolar no les toca, una vez que abandonan las aulas e ingresan en la existencia urgida de ocupaciones y preocupaciones materiales del adulto.